



Danza

Cuando todas las secuelas se comparten

'NIPPON KOKU'

Compañía Nacional de Danza. / Dirección, y coreografía en colaboración con los bailarines: Marcos Morau & La Veronal. / Música: Luis Miguel Cobo. / Dramaturgia: Pablo Gisbert. / Escenografía: Enric Planas. / Vestuario: David Delfín. / Escenario: Matadero Madrid. Calificación: ★★★

JULIA MARTÍN / Madrid

Una gran sogá enroscada y colgando del techo, un soldado muerto, otros tres con un tambor, una corneta y un delantal, le miran. Así empieza este primer trabajo del valenciano Marcos Morau para la **Compañía Nacional de Danza**. La Veronal es un grupo joven (se creó en 1995), con sello propio y un enfoque artístico e intelectual que la ha puesto en la órbita de la creación contemporánea europea, y con este montaje, el director José Carlos Martínez, avanza en su propósito de invitar a coreógrafos españoles, esta vez con un acierto indudable. Los intérpretes entran en un lenguaje difícil y extraño para ellos con una pericia grande. Bravo.

Aquí La Veronal elige Japón para mostrar la costra y la transformación de los supervivientes tras una herida como es la guerra total. Una *geisha* que se pasea en el fondo donde está el abismo de los suicidas, y apenas unos minutos de música y canto tradicional, son toda la referencia poética y textual al antiguo imperio, suficiente para englobar la belleza como ingrediente de una pieza muy

lineal y plana, sin picos de tensión. Los elegantes y funcionales uniformes de David Delfín no diferencian a ninguno, dejando clara la idea de dos bandos que son el mismo.

Las ideas generales están claras –qué queda de un pueblo que ha vivido la fascinación del fascismo, creyendo en el orden sagrado: el de estar colocado en una jerarquía de mando y de obediencia–, no así el aporte particular de algunas escenas, fuera de insistir en la circularidad y la confusión de un grupo, en el que sólo el sujeto que abre y cierra el círculo de esta obra-retrato (la delicada y potente Tamako Akiyama) es quien mantiene la interrogación, la perplejidad, el reclamo de la voz.

La fórmula del movimiento es siempre igual –acción sobre el espacio próximo, desarticulación, cuerpo manejado por su dueño o por el compañero con total falta de sensación–, pero su *automatismo* emite mensajes diferentes gracias al uso del ritmo y la tensión como vehículos de la expresión. Es, sin duda, interesante. Pero no cautiva como ha ocurrido con otros de La Veronal. Y es difícil que esto ocurra aunque los creadores le den algún tijejetazo a lo que sobra, expliquen mejor lo particular, el guión, o modulen la estupenda banda sonora de Luis Miguel Cobo, que ofrece toda clase de referencias y apoyos acordes al enfoque, a excepción de la ayuda emocional de la música clásica, que se ve como un extraterrestre infiltrado.